



EL TERRITORIO COMO LUGAR FUTURO: LA UTOPIA DE WILLIAM MORRIS

María Elena Figueroa Díaz. Mexicana. marielenafd@gmail.com
Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Universidad Autónoma
Metropolitana, Unidad Xochimilco.
Guadalajara 94B-22, Colonia Roma Norte, C.P. 06700, Ciudad de México

RESUMEN

La propuesta utópica socialista de William Morris presenta un futuro que en buena medida es un regreso al pasado preindustrial, añorado por el autor en la plena modernidad industrial del siglo XIX que, como expresión de la civilización, no ha hecho sino esclavizar al ser humano, deteriorar el medio ambiente, profundizar las injusticias y las desigualdades. El futuro deseable, y posible, después de una revolución indispensable para tal fin, implica la transformación del territorio del estado y el capital, a un lugar habitable, humanizado, vinculado orgánicamente a la naturaleza. El futuro posible parte de la ruptura –y no la continuidad– con los avances civilizatorios modernos, y se cristaliza como lugar con sentido, y no ya como *locus* de producción.

Palabras clave: futuro, pasado, utopía, territorio, lugar.

THE TERRITORY AS A FUTURE PLACE: THE UTOPIA OF WILLIAM MORRIS

ABSTRACT

The socialist utopian proposal of William Morris presents a future that is largely a return to the pre-industrial past, longed for by the author in the full industrial modernity of the nineteenth century that, as an expression of civilization, has only enslaved the human being, deteriorate the environment, deepen injustices and inequalities. The desirable and possible future, after an indispensable revolution for this purpose, implies the transformation of the territory of the state and capital, to an habitable, humanized place, organically linked to nature. The foreseeable future begins with the break -and not the continuity- of modern civilizational advances, and crystallizes as a place with meaning, and not as a *locus* of production.

Key words: future, past, utopia, territory, place.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se analiza la configuración del lugar, en tanto espacio recuperado y humanizado, presente en la obra de William Morris (1834-1896). Para el autor, dicha configuración supone una ruptura con la concepción del territorio inmerso en la producción capitalista, derivado del incipiente mundo moderno industrializado del siglo XIX, y una convicción en la instauración del socialismo como mecanismo necesario para el cambio. Se



trata, pues, de una certeza atravesada de manera fundamental por una visión utópica del futuro, cuya especificidad radica en la recuperación idealizada del pasado medieval. Esto sería tan solo el punto de partida para generar un entendimiento radicalmente distinto del territorio: no como *locus* de la producción, sino como lugar habitable.

Para tal fin, asumimos un determinado sentido de territorio y de lugar; dejamos de lado el concepto de paisaje¹, que también está vinculado a la propuesta de Morris, con el fin de centrarnos en la oposición territorio-lugar que funciona para comprender la intención del autor de humanizar los espacios devastados por la revolución industrial. Según la idea central de este texto, en la obra de Morris hay una necesidad de pasar de los territorios sometidos al capitalismo y el Estado, a la recuperación de los lugares, hasta ahora perdidos, pero susceptibles de ser rescatados. Dicha necesidad se entiende en el doble sentido del término, en tanto necesaria dado el deterioro de los espacios habitados por los seres humanos sometidos a la lógica del capitalismo, íntimamente ligados a la forma de vida enajenada, triste, superficial, pobre y fea de los habitantes de los mismos (espacios que urge sean recuperados para generar nuevas formas de vida), y en tanto la revolución socialista necesariamente conduce a una transformación que, en buena medida, implica una recuperación y una humanización de los espacios habitados, en cuyo núcleo se encuentra la protección de la naturaleza.

Asumimos, como se verá más adelante, que si bien el territorio es una noción que puede albergar una dimensión simbólica en términos de espacio vivido y dotado de sentido, hemos optado por una aproximación más ortodoxa y extendida, que lo liga a las dimensiones económica y política, como espacio delimitado, controlado, sobre el que se ejerce poder desde el Estado, y como base para la generación de dinámicas productivas con base en la extracción de recursos naturales y fuerza de trabajo. Y, en ese sentido, hacemos alusión fundamentalmente al territorio del Estado nación moderno (Haesbaert, 2011).

En contraposición, se plantea la noción de lugar como aquella que nos puede permitir comprender el giro que Morris hace, del espacio entendido como un territorio que ha estado sujeto a los estragos de un sistema económico y político, a otro tipo de espacio, que se caracteriza por combinar el pasado medieval idealizado (parcialmente, como veremos), un futuro utópico fundamentado en las ideas socialistas de una revolución, y una necesidad casi obsesiva por generar vidas hermosas, armónicas y simples, que se reflejan y requieren, a la vez, de lugares apropiados simbólicamente, habitables, y cuya acepción, en este texto, se acerca más a las propuestas de la geografía humanista. De hecho, para Tuan, de acuerdo con Ramírez y López Levi (2015, p.165), “los lugares tienen espíritu y personalidad, pero las personas tienen sentido de lugar y lo demuestran cuando la aplican una

¹ En la obra de Morris encontramos una apreciación de los espacios en tanto paisajes, en los que la arquitectura y el urbanismo generan edificaciones que deberían, en una situación utópica/futura, dar lugar ya no a los paisajes feos y llenos de hollín de las urbes sometidas al capitalismo, sino a paisajes estéticos, refinados, armónicos, en los que convivan orgánicamente una arquitectura de enorme belleza y equilibrio, con la naturaleza, apreciada y conservada. Así, la noción de paisaje entendida como el espacio que funde lo natural y lo cultural, y que puede ser sentido, visto y apreciado; que cuenta con una dimensión física, pero también otra que es un sistema simbólico (Muñoz-Pedrerros, 2017) también es útil para abordar a Morris. Al provenir de un campo artístico, fundamentalmente pictórico, el concepto de paisaje en las ciencias sociales sigue manteniendo una dimensión visual, estética, de apreciación por medio de los sentidos (Ramírez y López Levi, 2015). Al ser tan importante para Morris la dimensión estética de la vida, esta noción es adecuada para comprender más a fondo su propuesta; sin embargo, aquí se ha elegido el binomio territorio-lugar, que resulta más apropiado para sostener la hipótesis que se presenta en este trabajo.



conceptualización ética y estética a la superficie de la Tierra”. Efectivamente, para Morris, tan centrado en las dimensiones estéticas de la vida y del trabajo, estas no pueden ser entendidas de manera separada de sus propias dimensiones éticas. Ética y estética se funden en una peculiar propuesta utópica y revolucionaria.

EL MUNDO DE MORRIS

Morris fue un arquitecto y diseñador que vivió en la Inglaterra imperial del siglo XIX; poeta, novelista, ensayista, artesano, socialista comprometido con la causa. Fue, además, un personaje fundamental en la recuperación y renovación de las artes textiles. Es, en palabras de Martínez Sahuquillo (1994, p.171),

[...] probablemente el hombre que mejor representa la conciliación de dos puntos de vista no siempre coincidentes, pese a su cierto grado de parentesco: por un lado la crítica romántica a la sociedad moderna que realizaba al mismo tiempo una condena estética a un mundo feo y degradado y una condena moral a un tipo de asociación humana materialista, basada en el vínculo monetario; por otro, la crítica marxista al sistema capitalista centrada, sobre todo, en el análisis de los mecanismos económicos y las relaciones de dominación cimentadoras de la sociedad industrial.

Pese a ello, Morris es difícil de catalogar como autor y como persona. Si bien se asumía como un socialista y reivindicaba la lucha proletaria como única vía para la transformación social, fue visto por algunos como un socialista utópico o, más aún, en el caso de la apreciación que hizo Engels de él, como un socialista sentimental (Martínez, 1994; Barancy, 2016; Schindel, 2013)². Si bien él se veía a sí mismo más como un pensador moral que político, dio innumerables conferencias, “escribió para los diarios revolucionarios de la época, celebró comicios para los obreros en las fábricas, difundió con sus libros la aspiración hacia una auténtica libertad y una auténtica justicia” (De Carlo, 1955, p.18). Sin embargo, su obra puede verse como la de un anarquista por su defensa de una sociedad sin Estado (Martínez, 1994). De hecho, para Northrop Frye, a pesar de que Morris alguna vez escribió que el anarquismo era imposible, fue un anarquista puro en su vida (Frye, 1982).

Por su parte, Fernando de la Cuadra afirma que: “[...] el proyecto utópico de Morris se nutre tanto de elementos del pensamiento marxista como de las corrientes anarquistas en tanto proyecto de transformación social radical, privilegiando el papel de los individuos en la construcción de ese cambio, rescatando sobretodo la visión de un hombre con vocación para ser feliz, con un deseo irrefrenable de lograr la plena libertad y la emancipación del conjunto de la humanidad” (2009, p.7).

Morris fue un crítico radical de su época. “El desencanto con su propio tiempo, el desprecio a los valores de la burguesía y la convicción de que el curso del progreso destruiría ‘la belleza de la vida’ hicieron germinar en Morris un hondo desprecio por la civilización mecánica. El espíritu de frialdad y crueldad del ‘comercialismo’ y la asimilación de la sociedad capitalista a la guerra alimentaron su anhelo de una comunidad orgánica y basada en la cooperación, al modo de las agrupaciones de artesanos en la Edad Media” (Schindel, 2013, p.14).

² Morris fue miembro de la Federación Democrática Socialista y fundador en 1884 de la Liga Socialista al lado de Eleanor Marx, reconoce no comprender a fondo la dimensión económica de la propuesta marxista, aunque asume por completo dicha postura.



Había en él una intensa nostalgia romántica del pasado idealizado, y su visión futura-pasada (es decir, su propuesta utópica de un futuro que parece más bien un regreso al pasado pre industrial) implica transformaciones con respecto al presente que es valorado negativamente por completo. Dichas transformaciones incluyen no solo una nueva forma de trabajar, de organizar la producción, o de configurar los paisajes y las localidades, sino una manera nueva (y sumamente revolucionaria) de entender las relaciones humanas, las dinámicas familiares, el cuidado de los hijos, la educación. En esa realidad, en donde el dinero no existe, y la gente no distingue entre trabajo y recreación; ni entre educación y actividades cotidianas, Morris ve la posibilidad de instaurar una nueva ética y una nueva estética que atraviesan todas las dimensiones de la vida humana.

A su crítica al marxismo se añade una crítica –de igual o mayor intensidad– al industrialismo. Ese hecho lo distingue de muchos marxistas y socialistas que piensan en la necesidad de poner fin al sistema de producción capitalista para dar lugar a una nueva etapa en la historia, sin por ello tocar en concreto los avances que el industrialismo trajo como consecuencia de la modernidad. Para Angus Taylor, “Morris nota cómo, bajo el capitalismo, la tecnología ha hecho muy poco por aligerar la carga del trabajo. Trabajo útil, no herramientas inútiles, es la forma apropiada para comprometerse con la naturaleza, y la creación artística es la expresión característica de la alegría en el trabajo” (Taylor, 1997, p.5).

De acuerdo con Barancy (2016), su crítica marxista a la mercancía, su interés por la teoría de la alienación y la división del trabajo, su admiración por la Edad Media, su odio a la civilización y el industrialismo, así como su fe en la capacidad revolucionaria del arte, lo llevaron a proponer una forma de vida futura a partir de una ruptura con un modo de vida que apenas se iba consolidando con el ascenso del capitalismo industrial. Morris denuncia la producción industrial con miras al mercado en plena expansión a través de la producción en serie de objetos de nula calidad. En contraposición, coloca al arte de la mano del trabajo, como el centro de su propuesta. Y el arte, para él, no podía manifestarse sin una sociedad de hombres libres (De Carlo, 1955).

PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Entre la vasta y diversa obra de Morris destacan tres textos que refieren al futuro: su utopía *Noticias de ninguna parte*, su conferencia *La sociedad del futuro*, y la reseña que hace de la utopía de Bellamy titulada *El año 2000*³. Estos textos evidencian que el autor se inscribe dentro de una postura que ve el futuro como regreso al pasado, y no como un escenario que agudiza y profundiza las innovaciones del presente. En ese sentido, su visión de futuro manifiesta un quiebre con el presente en una suerte de ambigüedad derivada de la formulación utópica de su visión del porvenir y de la certeza (sostenida por acciones en su vida, por sus convicciones y su actividad política) de que ella no solo es necesaria, sino también posible.

Dicho porvenir, sin embargo, pasa por encima de cualquier periodo de transición entre el presente y el futuro idílico. De ahí que estratégicamente se refiera a un futuro que es

³ De hecho, esta obra es el disparador de la redacción de la utopía de Morris, en la que recalca diferencias fundamentales que para el autor son centrales en su propuesta: la crítica al industrialismo que Bellamy defiende.



construido, a modo de los relatos de ciencia ficción pos-apocalípticos⁴, después de que ha ocurrido una revolución que termina con el sistema capitalista industrial. Ni en su utopía ni en su conferencia *La sociedad del futuro*, Morris da cuenta de dicha transición. De repente, nos vemos sumergidos en un entorno que alude por completo a los paisajes bucólicos anteriores a la modernidad. De entrada, es evidente el papel que juega la naturaleza y la insistencia por parte del autor de una vida placentera alejada de cualquier presión⁵: se percibe otro ritmo, otra temporalidad (aludida en su utopía mediante los lentos recorridos en una barca), que contrasta con la vertiginosidad intrínseca a la modernidad.

Morris se inscribe dentro del conjunto de utopistas de su siglo y, en realidad, por grandes que hayan sido las diferencias entre el proyecto cabetano, la propuesta falansteriana de Charles Fourier, el socialismo de Proudhon, el ideario anarquista, el proyecto socialista de Karl Marx o las *Noticias de ninguna parte* de William Morris (para cubrir un arco de tiempo que nos lleva hasta finales del siglo XIX), en todos estos casos encontramos una idea parecida a la dialéctica histórica, según la cual la crítica de lo existente hace enlazar el recuerdo del buen tiempo pasado con la armonía, la justicia y la igualdad que se desean para el futuro (Fernández Buey, 2007, p.183).

En 1887, tres años antes de escribir *Noticias de ninguna parte*, Morris redactó y pronunció la conferencia *La sociedad del futuro*, en cuyo inicio menciona: “cuando apelamos a esos cambios sociales que liberarían el trabajo y darían lugar a una nueva sociedad, los socialistas nos contentamos con pedir lo que creemos necesario para hacerla realidad; una realidad que, estamos convencidos, no tardará en llegar. Preferimos eso antes que elaborar intrincados planes utópicos para el futuro” (Morris, 2016, p.49). De entrada, esta cita expresa que el autor asume su sociedad ideal como una posibilidad eventualmente realizable.

En la sociedad del futuro planteada en ese texto, las personas trabajarán por gusto y no por obligación, sin tener que dar una parte de su trabajo a los dueños de los medios de producción. Morris dice al respecto: “Así, pues, el trabajo valioso lleva consigo la esperanza del placer en el descanso, en la utilización de lo producido y en nuestra habilidad diaria y creativa” (Morris, 2013, p.147). De acuerdo con el autor, “una vez alcanzada esa libertad, el mundo comenzará un nuevo ciclo de progreso” (Morris, 2016, p.49), en el cual los seres humanos tendrán más conciencia de las necesidades colectivas y de la importancia de la cooperación.

En términos generales, plantea que la cotidianidad será mucho más sencilla, con mayor tiempo libre y calidad de vida, lo cual se verá reflejado en una mejora de la educación e incluso en la ausencia de delitos (pues no habrá tentación para cometerlos). Esta vida plena y capaz de hacer felices a los seres humanos, la piensa como posible en la medida en que se realice el socialismo, pues solo entonces se podrá llevar a cabo una vida llena de plenitud y libertad, en la que se ejerzan las energías físicas y morales, y se satisfagan de manera universal el conjunto de las necesidades materiales: “el mundo no progresará en justicia,

⁴ Véase: Figueroa, M.E. “Representaciones sociales del futuro en el arte”. URBS, Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales. No. 2. Vol. 2. 103-116 pp.

⁵ Cabe destacar que la insistencia del autor en la relación con la naturaleza y en una cotidianidad laxa es compartida por los teóricos y activistas del anarquismo decimonónico, como Elisé Reclus y Piotr Kropotkin.



honradez y bondad sin un avance paralelo en las condiciones de vida material” (Morris, 2016, p.50).

En ese sentido, presenta como posible el ideal de vida plena siempre y cuando caiga lo que él concibe como civilización y que equipara, en buena medida, a los progresos de la modernidad capitalista. De este modo, Morris afirma: “[...] me declaro enemigo de la civilización; es más, ya que estamos confesándonos, diré que mi motivación particular como socialista es el odio a la civilización. Mi ideal solo será satisfecho si la nueva sociedad lo destruye” (Morris, 2016, p.53).

A su modo de ver, en aras de lo “civilizado” se redujo la condición humana a los términos de una máquina sin voluntad e impedida de acceder a un uso adecuado de sí, de sus energías y su descanso. De ese modo invierte el sentido moderno de la civilización, como cúmulo de logros, avances y descubrimientos positivos de la humanidad, y comienza a significarla como un sistema que arraiga la desigualdad y la miseria “[...] para asegurar que una minoría privilegiada disponga por procuración del conjunto de las energías humanas” (Morris, 2016, p.54).

De aquí deriva su idea de que en el futuro no existirá propiedad privada, pues los bienes básicos serán tan abundantes que no habrá siquiera necesidad de intercambiar mercancías y, mucho menos, dinero. Ello establecerá una forma de vida austera, simple y deseable que será compartida por todos, al margen de trabajos inútiles, objetos innecesarios e, incluso, con un uso limitado de la tecnología. De ahí que en esa sociedad del futuro, no tenga sentido hablar de pobres y ricos; de nacionalidades, leyes, ni derechos de propiedad. A decir del autor, se trataría de “una sociedad que no tiene conciencia de ser gobernada, en la que la igualdad es algo garantizado y en que nadie recibe una recompensa en servicio a la comunidad por el mero hecho de poder hacer daño” (Morris, 2016, p. 63).

Años más tarde, en 1890, Morris escribe *News from nowhere* (*Noticias de ninguna parte*), una propuesta de utopía que, a pesar de su relación con la estructura de los textos utópicos (cuyo modelo es la obra de Tomás Moro, a quien Morris admiraba), tiene una diferencia marcada por la definición de una geografía y una temporalidad, a saber, Inglaterra hacia el año 2100. De ese modo, el autor posiciona su texto entre las utopías clásicas y los textos socialistas, con la finalidad estratégica de elaborar comparaciones muy precisas. Eso le permite contrastar, por ejemplo, cómo era y cómo será una ciudad, un río o un edificio en términos estéticos y humanizados: fealdad, deterioro, renovación, belleza, limpieza, entre otros.

En este escrito, la Inglaterra futura, después de haber sucedido la revolución proletaria, presenta las características propias de una sociedad medieval un tanto idealizada en la que la ausencia de industria se suple con paisajes hermosos, construcciones anteriores a las victorianas, serenidad, tranquilidad y, por lo demás, una organización social simple. A ello se añade la inexistencia de clases sociales y el desarrollo de las relaciones humanas con base en la cooperación, la solidaridad, el amor al trabajo, la libertad y la igualdad entre hombres y mujeres, quienes disfrutaban de la belleza en cada objeto y cada espacio. Al reducir drásticamente la producción de mercancías inútiles y de baja calidad que se consumen masivamente (y a los que llama sucedáneos), la vida se vuelve más simple y más ligada a la naturaleza; la necesidad del trabajo disminuye, y la abundancia llega a ser tal que las personas toman de manera libre y sin codicia lo que necesitan, no más.

Krishan Kumar hace notar que *Noticias de ninguna parte*, sin tener pretensiones teóricas, es profundamente más inspiradora que textos específicamente socialistas, al describir, no la



transición, sino el punto de llegada. En esta obra, como en otras de su época (la de Bellamy, la de Wells), “[...] la dimensión temporal era de vital importancia. La Sociedad necesitaba tiempo para desarrollar completamente sus poderes y la consciencia de sus miembros. El socialismo llegaría algún día, pero solo cuando estuviese preparado, solo cuando el tiempo estuviese maduro” (Kumar, 2007, p.70).

En este siglo la utopía se comienza a perfilar como posible, a diferencia del sentido de la utopía en siglos previos. Sin dejar de lado la presentación de escenarios ideales, incorpora gradualmente un programa de acción dirigida a la revolución. De hecho, “en el siglo XIX, los utopistas se toman muy en serio la posibilidad de poner en práctica sus ideas. De manera tal que aparecen, a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX, diversas comunidades alternativas utópicas, constituidas por personas que deseaban vivir al margen del capitalismo, el consumo, la frivolidad, cerca de la naturaleza” (Figuroa y López Levi, 2014, p.183).

En su *Noticias de ninguna parte*, el personaje principal, Guest (el huésped, que no es sino él mismo) entra en una ensoñación en su casa y despierta en otra época, iniciando un viaje en el que pasa por los mismos lugares que le son familiares, acompañado de habitantes de esa Inglaterra futura, que lo asumen como un viajero que llega de tierras lejanas. Junto al Támesis, se da cuenta que

Las fábricas de jabón, con sus altas chimeneas vomitando negro humo habían desaparecido, los talleres de metalurgia, las fundiciones de plomo, las tenerías, todo había desaparecido, y el viento del Oeste no traía de Thorneycroft ningún ruido de las máquinas y de los martillos de la fábrica de clavos. ¡Y el puente! [...] el mismo Puente Viejo de Florencia no daba idea de él. Tenía arcos de piedra magníficamente asentados, tan preciosos como fuertes y lo bastante elevados para dejar amplio paso al tráfico habitual del río. En el parapeto se veían pequeños edificios elegantes y caprichosos, que supuse fuesen barracas y tiendas, coronadas por veletas y agujas pintadas y doradas (Morris, 2011, p.24-25).

En Hammersmith, lugar de origen de Guest (y donde el mismo Morris vivió algunos años), este se sorprende de que las calles han desaparecido para dar lugar a caminos que atraviesan vastos campos de tierra cultivada como un jardín. Los edificios se presentan hermosos y rústicos, como en la Edad Media; muchos de ellos con un estilo producto de la unión del gótico, el mudéjar y el bizantino. En otro momento, Guest se encuentra afuera del mercado de Piccadilly, y observa casas rodeadas de jardines rebosantes de flores y pájaros, árboles frutales; más allá un quiosco dorado rodeado de perales. Ante el paisaje, Guest explica:

Me invadió una extraña sensación; cerré los ojos para resguardarlos de sol que fulguraba en aquella espléndida zona de jardines, y en un segundo pasó por ellos la visión del pasado. Vi un inmenso espacio rodeado por casas grandes y feas, con una horrible iglesia de un ángulo, y a mi espalda un espantoso edificio cubierto con una cúpula. Por el pavimento cruzaba una multitud ansiosa y agitada, en la que predominaban los ómnibus cargados de viajeros (Morris, 2011, p.72).

La insistencia casi exagerada de Morris en cuanto a la fealdad y el mal gusto de la configuración urbana del siglo XIX, tiene su correlato en una dimensión ética. En otro momento del libro, Guest dialoga con un habitante del futuro, Dick, y le argumenta que, a diferencia de etapas históricas pasadas (como la Edad Media) caracterizadas por su inusual rudeza, el siglo XIX era un siglo de progreso. Sin embargo, Dick responde que ha leído



libros sobre ese siglo, pero que no ve en él ningún progreso: “[...] las gentes del siglo XIX eran hipócritas, porque mientras pretendían tener sentimientos humanitarios atormentaban a sus semejantes, obligándolos a soportar duros tratos encerrándolos en prisiones sin la menor razón. Sin otra razón que la triste condición a que los mismos carceleros habían reducido a aquellos desdichados. ¡Oh, eso es horrible! ¡Horrible, solo de pensarlo!” (Morris, 2011, p.74-75).

En *Noticias de ninguna parte*, hay una permanente reflexión desde el futuro sobre el pasado, que es el siglo XIX y el presente para Morris. Este recurso permite a su autor poder verter su propia visión de la época que le tocó vivir como si fuera el veredicto hecho por una sociedad avanzada y libre. Morris opone el mundo moderno a su visión de futuro y, con ello, rompe con los valores propios de la modernidad. No cree en el progreso, en la industria, en las bondades de la máquina, en la hiper-productividad. Para él, la vuelta al lugar perdido tiene cabida a partir de la configuración de un futuro que oscila entre lo utópico y lo posible (necesario como parte de la etapa histórica inevitable que es el socialismo). El pasado idealizado que da rostro a su futuro no implica un mero regreso al mismo; no se trata de regresar a la Edad Media. De hecho, en su obra de 1886 *A Dream of Jon Ball*, deja claro que en aquella época imperaba un orden social opresivo. Más bien aboga por la recuperación de una estética y un modo de vida que añora, y que puede oponer con fuerza a los estragos de la revolución industrial que está viviendo (Taylor, 1997).

DEL TERRITORIO AL LUGAR COMO PECULIAR APUESTA UTÓPICA

Una revolución socialista pasa por la reformulación de la materialidad, en el sentido de dotarla de (o de regresarle) un nuevo valor. No se trata solamente de que todos los seres humanos logren acceder al fruto de su trabajo, y que no sean despojados del mismo, sino de hacer que la materialidad misma, cotidiana, sea otra. Como parte de su compromiso político, Morris comenzaría a asumir un papel central en el impulso del Movimiento *Arts and Crafts*⁶, junto con los artistas prerrafaelitas y algunos otros que tenían por cometido defender el arte y la estética como parte de la vida cotidiana, así como la dignificación del trabajo manual; la negación de la producción en masa y el consumo desmedido, y por el contrario, el retorno a las técnicas tradicionales de hechura de objetos y al disfrute de los mismos por parte de sus hacedores.

Permeado por ese contexto, el autor funda *Morris and Co.*, empresa conformada por diferentes colaboradores (entre ellos sus hijas) con el fin de fabricar tapices, telas, tipografía, entre otras cosas, de manera artesanal. Para su sorpresa, los hermosos diseños hechos por su compañía tuvieron un éxito inesperado entre la burguesía inglesa, lo cual le desagradó por completo, ya que su propuesta iba dirigida a los trabajadores. Además, otro aspecto con el que estuvo inconforme y al que se opuso, fue la arquitectura victoriana, por ello fundó una organización para defender los edificios antiguos, con el fin de preservarlos y de no renovarlos. Su insistencia –desde su formación y su experiencia como arquitecto, artesano y diseñador– en un regreso a formas de vida y de trabajo atravesadas por el arte, el esfuerzo físico y el descanso reparador, así como por un rescate de los entornos habitados

⁶ “Este movimiento ejerció una influencia considerable en el estilo Art Nouveau de fines del siglo XIX y, a continuación, en la arquitectura ‘orgánica’ que desarrolló principalmente F.L. Wright en Estados Unidos”. (Barancy, 2016, p.11).



por los seres humanos y su vínculo con la naturaleza, son la base para construir una particular visión del futuro vinculado a los lugares.

Consideramos que la idea que subyace en el “regreso” a una determinada forma de vida que se lleva a cabo en el futuro, como se plantea en su obra, implica un tránsito desde la idea moderna del territorio hacia una concepción temprana del lugar o, dicho en otros términos, una apuesta por convertir el territorio –un territorio particular, sometido a las dinámicas capitalistas derivadas de la revolución industrial en Inglaterra de fines del siglo XIX– en un lugar verdaderamente habitable. De acuerdo con Giménez (1999, p.27), el territorio, configurado por tres elementos fundamentales: espacio, poder y frontera, es un espacio apropiado simbólicamente e instrumentalmente:

el territorio sería el resultado de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo, una ‘producción’ a partir del espacio inscrita en el campo de poder, por las relaciones que pone en juego, y en cuanto tal se caracterizaría por su ‘valor de cambio’ y podría representarse metafóricamente como la ‘prisión que nos hemos fabricado para nosotros mismos’.

Más allá de su origen histórico y de sus múltiples acepciones, el territorio ha sido la categoría más utilizada para referir a la base material del poder del Estado moderno y, con ello, a la síntesis particular de las relaciones capitalistas. El territorio puede ser entendido como “una unidad de espacio contiguo que es usado, organizado y administrado por un grupo social, una persona o una institución para restringir y controlar el acceso a personas y lugares” (Gregory et al, 2009: 746). Por ello se suele vincular al Estado moderno, que tiene control sobre una población dentro de fronteras determinadas.

[...] en este sentido, se trata de una categoría mucho más concreta y particular que la de espacio; al mismo tiempo, es más especializada ya que vincula a la sociedad con la tierra y por supuesto a la naturaleza, pero no desde su apariencia o representación, sino desde su apropiación, uso o transformación y alude tanto a una perspectiva política, como a una cultural[...] (Ramírez y López, 2015, p.129-130).

Berruecos explica que el territorio “[...] puede ser considerado como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de recursos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa[...]” (2012, p.54). El autor añade que el territorio también puede ser comprendido como espacio cargado de apego y de memoria, como la tierra natal, como geosímbolo. Y en esa acepción se acerca a la categoría de lugar, cuando se enfatiza la función otorgadora de sentido que se activa cuando los seres humanos hacen suyo un determinado territorio. En la configuración morrisiana, este sentido del territorio solo puede existir si hay un giro, una conversión del territorio atravesado por relaciones de poder (económico y político) en un lugar (un territorio cargado de sentido, no ya de las instituciones de poder, sino de quienes lo habitan; y esos que la habitan viven, en su utopía, libres de toda autoridad jerárquica y vertical.

Durante el siglo XIX, el territorio adquirió una importancia crucial para la identificación o resistencia de las poblaciones con la esfera de poder estatal, así como para el establecimiento de derechos de posesión, explotación y administración sobre los recursos (naturales y sociales) en el contexto de expansión del comercio mundial. En este texto, Morris deja ver una visión más bien negativa sobre los vastos territorios industrializados; los cuales presenta como deteriorados debido a su subsunción en una lógica que prioriza producción mercantil por encima del medio ambiente y de los seres humanos.



A diferencia del territorio, el tratamiento teórico del lugar ha sido más reciente en las ciencias sociales; sin embargo, de acuerdo con Ramírez y López Levi, tiene un referente originario relevante (2015, p.160):

un antecedente importante en la conceptualización del lugar ha sido el pensamiento utópico, [...] desde los clásicos del renacimiento hasta los socialistas y los anarquistas del siglo XIX, se han imaginado y propuesto la creación de comunidades concretas, que propiciaban la integración de la vida social y económica de un grupo social poco extendido. En este sentido, no se trata de una conceptualización filosófica sobre el término, sino su recuperación en términos prácticos.

Un lugar es un recorte o porción delimitada del espacio, cuya configuración se deriva de co-construcción humana que parte de la apropiación de ese espacio por parte de seres humanos que lo dotan de un sentido particular. Como dice Berdoulay (2012), el lugar y la persona están inextricablemente vinculados; se instituyen mutuamente. El lugar tiene que ver con la memoria impresa en él, con las prácticas socioculturales que se despliegan en sus confines y que otorgan a quienes lo habitan un sentido de identidad y de pertenencia. Sus límites a veces son poco claros:

Hay certeza de cuándo se está y cuándo no se está en un lugar, al cual se le apropia de manera simbólica a un tiempo en su materialidad e imagen sin parar en delimitaciones y fijación de umbrales. Son umbrales líquidos, vaporosos, etéreos, también son convenciones sociales, experiencia memorable y saberes compartidos (Méndez y Rodríguez, 2012, p.167).

Esta categoría puede ser entendida como un espacio dotado de sentido, con un significado cultural o subjetivo, en tanto espacio vivido (Gregory et al, 2009, p.539). No obstante, aquí lo asumiremos como territorio humanizado, que posibilita una interacción entre naturaleza y sociedad. Implica una apropiación simbólica y tiene un papel preponderante en las dinámicas identitarias de las personas y los grupos que lo habitan o lo asumen como referente (de un origen colectivo, por ejemplo); por eso se puede afirmar que el lugar nos conduce a la habitabilidad, a la apropiación y a la articulación del espacio (Ramírez y López Levi, 2015). De acuerdo con Eloy Méndez (2012, p.44), “es el sitio de encuentro, es el espacio público y en este sentido se encuentra su importancia desde la arquitectura y el urbanismo”. Como veremos, esta dimensión abierta, pública, de encuentro, comunitaria, que aparece en la utopía de Morris, será fundamental. Como lo será la arquitectura estética y equilibrada en sus “lugares futuros”, que conviven en armonía con la naturaleza que los rodea. De manera muy bien pensada, la traza urbana de las ciudades inglesas futuras que plantea Morris en sus descripciones, posibilitan la apertura, el orden y la belleza para un pleno desarrollo de todas las facultades humanas.

La idea de los utopistas, desde los clásicos de los siglos XVI y XVII hasta los del siglo XIX, era plantear una configuración social ideal a partir de la elaboración de críticas situadas en el tiempo y el espacio vividos por ellos, con el fin de apuntar a la construcción de un mejor futuro. De este modo, las utopías son “[...] una manifestación de los imaginarios sociales, que reflejan no solo los valores, las costumbres, las tradiciones, el conocimiento del momento y el lugar donde se producen; involucran también la crítica a la sociedad que tienen como referente y los sueños o esperanzas de lo que podría ser una organización social mejor” (Figuroa y López Levi, 2014, p.177).



Las utopías, pues, reflejan un cuestionamiento contextual a las formas de organización social en sus múltiples dimensiones, es decir, que van más allá de las formas de opresión económicas, políticas o culturales más evidentes, trastocando el tiempo y el espacio que las sustentan.

Para Morris, una expresión de la decadencia de las sociedades modernas sumidas en los procesos de industrialización, que repudiaron y criticaron muchos otros pensadores del siglo XIX, como Dickens y varios socialistas utópicos, es el rechazo casi visceral que siente por la suciedad y la fealdad de los paisajes fabriles. En *La sociedad del futuro*, Morris afirma:

¿Hará falta que repita aquí lo que el lujo ha hecho por ustedes en la Europa moderna? Ha cubierto los risueños prados con barracones de esclavos, devastado las flores y los árboles con gases ponzoñosos, convertido los ríos en cloacas, a tal punto que en muchos lugares de Gran Bretaña la gente ha olvidado cómo es un prado o un río, y su idea de la belleza es un pub de lujo o un teatro decorado con vulgaridad (Morris, 2016, p.54-55).

De este tipo de afirmaciones que abundan en sus escritos, se deriva la idea de que, como parte de su programa socialista de cara al futuro, resulta indispensable la recuperación del “lugar” perdido; la transformación del territorio controlado por el Estado y los dueños de los medios de producción, en lugar apropiado por los seres humanos, realmente habitable y habitado, producido y productor de dinámicas humanas más saludables y dignas.

HACER DEL TERRITORIO ENAJENADO UN LUGAR HABITABLE

La propuesta de Morris es profundamente humanista, dado que pensar en un lugar ya no sometido a lógicas políticas y económicas esclavizantes, y reflexionar, desde una utopía, en la posibilidad de que los seres humanos consigan vivir –todos sin excepción– en los entornos hermosos y saludables que merecen (con posibilidades de trabajo creativo, esfuerzo útil, descanso y recreación), no solo es apelar a sus derechos y su dignidad, sino creer en ellos. Hay en Morris una confianza en que los seres humanos, en las condiciones adecuadas, trabajarán y se esforzarán, reformulando su moral y sus percepciones sobre el trabajo, puesto que estarán sentadas las bases para una vida plena en la que puedan relacionarse armónicamente con la naturaleza y consigo mismos.

El papel del territorio convertido en lugar habitable, significativo, estético, ordenado, es fundamental para el autor. Resulta interesante observar cómo la utopía morrisiana se ancla a los entornos físicos mediante la insistencia en generar, urbanísticamente, enclaves pequeños y orgánicamente vinculados a la naturaleza. Es en esos lugares donde puede darse la felicidad y la emancipación humanas. La utopía de Morris se enarbola sobre la creencia de que el conjunto de las escalas, desde las regiones hasta los lugares más acotados con sus trazas urbanas, edificios, casas y objetos mundanos (un mueble, un vestido, una pipa), tienen la capacidad de expresar sencillez y armonía. Esta postura era la del movimiento al que pertenecía: “al relacionar la arquitectura con la ciudad y los objetos de uso común, el movimiento de las artes y oficios abría camino a las actividades urbanísticas del futuro” (De Carlo, 1955, p.20). Este sueño alimentó muchos otros, y después de Morris, aparecieron propuestas materializadas, tales como La ciudad jardín del mañana, de Ebenezer Howard, y el Golden Green, de Lechworth (De Carlo, 1955).

En 1955, De Carlo escribió que un alumno de Morris, Lethaby, en 1896 pronunció una conferencia en una exposición del movimiento Arts and Crafts. En ella afirmó algo



revolucionario en ese momento y en la línea de su maestro: “Debemos empezar humildemente por asear las calles, lavar y blanquear las casas, cuidar de que una baranda sea una bella baranda, un farol un bello farol” (De Carlo, 1955, p.20). La insistencia en lo estético, que además de tener un valor en sí para Morris, es la expresión de algo mucho más profundo que apela a un orden natural, y a la certeza de que el buen vivir tiene un fundamento material que debe ser accesible para todos y que difiere radicalmente del que nos ha impuesto la modernidad.

Para Angus Taylor, a Morris se le ha tomado poco en cuenta como impulsor del ecosocialismo por parte de ambientalistas y filósofos preocupados por la ética ambiental. Y en realidad es una veta fundamental de su pensamiento. Para él, el bienestar del ser humano no puede separarse del bienestar del medio ambiente. Este comentarista de Morris plantea que las implicaciones ecológicas de la perspectiva de Marx fueron articuladas de diferentes maneras por Engels y por Morris: “lo que une a los dos es el énfasis en el vínculo entre las jerarquías sociales y la competitividad del capitalismo y la interacción dañina de la sociedad capitalista con el medio ambiente” (Taylor, 1997, p. 3).

Para Engels, había que fusionar el campo y la ciudad para eliminar los contaminantes y dispersar la industria en las áreas rurales. Sin embargo, Morris va mucho más allá; por un lado, por su severa crítica al industrialismo, y por el otro, por su postura ecosocialista.

Para Fernando de la Cuadra, Morris puede ser considerado el principal pensador de la corriente ecológica dentro del marxismo, al sumar “[...] la dimensión ambiental a un proyecto emancipatorio global de la sociedad, rechazando de este modo el carácter productivista, predador y explotador del capitalismo” (De la Cuadra, 2010, p.49).

Su postura biofílica, hace que rechace de entrada y por completo la total mentalidad productivista. Dice Taylor al respecto, con base en las ideas de Morris: “la tarea apropiada que nos queda por delante es rehacer la sociedad, no en términos de incrementar la productividad sino de permitirnos el ejercicio de nuestras facultades en comunión con la naturaleza”. Se trata de ser menos mecánicos y más humanos. No se trata de dejar huella en la naturaleza, sino de permitir que esta nos deje huella a nosotros (Taylor, 1997, p. 4).

De esta postura radical, se desprende una crítica al consumismo, a la degradación ambiental. En ese sentido, sin saberlo, Morris se volvió un visionario de lo que ocurriría después, en el presente que vivimos. Al ser defensor de una vida austera, con lujos sencillos, y a la vez, al ser un crítico de las distintas formas de esclavitud, de la sumisión de las mujeres, de la negación de la dimensión estética y espiritual de la vida humana, es, en medio de sus tensiones, un revolucionario.

Por supuesto que el monstruo que intenta cambiar Morris es pequeño con respecto al que enfrentamos en nuestros días. A él no le tocó el capitalismo post industrial, las nuevas formas de esclavitud, la precarización laboral, ni las nuevas formas de banalizar la vida, de generar necesidades artificiales y, con ello, masas de consumidores; ni tampoco le tocaron los niveles de deterioro de las formas de convivencia social y con el ambiente que vivimos. Para Schindel,

el sueño de reunir la destreza manual y el arte intelectual se diluye en un universo laboral resquebrajado cuyo referente simbólico y material, la fábrica, se desdibuja en modos flexibilizados y globalizados de producción: si la fábrica daba lugar a la explotación corporal del peón, el reemplazo de la producción de mercancías por la llamada economía de servicios genera nuevos modelos de alienación cuyo blanco ya



no es la condición física del obrero sino la débil subjetividad emocional del desocupado, el free-lance o el ilegal (2013, p.42).

Morris arremete, como muchos otros críticos de su tiempo, ante los inicios de un proceso que ha seguido su curso. No obstante, su crítica sigue siendo vigente, aun con su tono romántico y utópico. Aparentemente alejado de una realidad que se nos aparece como necesaria (moderna tecnológica), y de una crítica científica, de base económica, Morris apunta a una serie de problemas que hemos naturalizado y a dimensiones que hemos invisibilizado en aras de dar cuenta de lo importante. Con su peculiar combinación de ideas, posturas, intereses y preocupaciones, da cuenta de que una misma realidad tiene varias dimensiones que no pueden ser separadas: la realidad material, económica, tiene una dimensión estética, una dimensión ética y una espiritual. La realidad humana no puede entenderse sin su correlato más amplio, el medio ambiente en el que vive. Y Morris apunta, con lucidez, aunque no con los términos que usamos hoy, a que la sustentabilidad no puede ser posible en un sistema de producción capitalista industrial.

Podemos decir que existe en este “impulso desmodernizador” (Martínez, 1994, p.79) de Morris no solo un desafío a las doctrinas liberales y al capitalismo industrial, sino un mirada hacia una propuesta ecologista, de respeto profundo a la naturaleza que la civilización ha destruido.

CONCLUSIONES

El futuro imaginado y deseado por William Morris es espacial; es, ante todo, un lugar habitable. El porvenir se caracteriza, en su obra, a partir de su distancia absoluta con los territorios de su presente. Depende en todos sentidos de reconfigurar el espacio: pasar del territorio al lugar. Recuperar los paisajes naturales, generar proyectos urbanos simples, como los de las sociedades medievales, que permitan formas de vida y de organización favorecedoras de la plenitud humana. Lo opuesto, las ciudades industrializadas, feas y sucias, son concebidas aquí como territorios y no lugares, al estar supeditados al Estado y al capital industrial. Su odio a la civilización habla en buena medida de las condiciones que han vuelto miserables las vidas de la mayoría de las personas, subsumidas a lógicas depredadoras de su energía, y de los recursos naturales. Se trata, entonces, de recuperar el territorio devastado y convertirlo en lugar. En ese sentido, su obra tiene una especial relevancia porque muestra una preocupación muy temprana por el lugar (incluso antes de su discusión teórica), así como la necesidad de articular los cuestionamientos del tiempo y el espacio en las reflexiones sobre la sociedad.

A pesar de ser un romántico, de no asumir el materialismo histórico en sentido riguroso, aun cuando fue un ferviente defensor del mismo (dentro de su postura *sui generis* que lo acercaba al anarquismo), de ser considerado utópico en sus propuestas revolucionarias, su pensamiento es vigente en la medida en que apela, ya desde el siglo XIX, a un capitalismo industrial que más de un siglo después ha ido deshumanizando el mundo. La obra de Morris tal vez carezca del rigor y la científicidad propias de pensadores de su tiempo; sin embargo, es fuente inagotable de ideas profundamente radicales y revolucionarias. Su adhesión al socialismo, a la par de su crítica al industrialismo (no compartido por la mayoría de los socialistas, incluyendo a los marxistas), lo lleva a sentar las bases del ecosocialismo.

Las posibilidades que se abren a partir de sus ideas implican una distinta apropiación del espacio. Evidentemente, estas posibilidades no implican negar los avances de la tecnología,



sino de usarlos de otra forma, y esa otra forma implica su uso restringido y ético. Su pensamiento es vigente, ya que en la actualidad parece que no existen posibilidades de pensar en alternativas a la vida social, tanto en el presente como en futuro. Las reflexiones derivadas de su obra son muy sugerentes para cuestionar cuál es nuestro sentir en el entorno que vivimos, ¿realmente somos conscientes de las múltiples relaciones de poder a las que estamos sometidos, muchas veces sin darnos cuenta?, ¿qué tanto hemos naturalizado una forma de vida que creemos insoslayable, y que es profundamente violenta con nosotros mismos?, ¿en verdad estamos buscando desarrollarnos en nuestro entorno desde un plano más humano?

BIBLIOGRAFÍA

- Barancy, Oliver (2016). Prólogo a la edición francesa: la era del Ersatz. En: *Morris, William. La Era del Sucedáneo y otros textos contra la civilización moderna* (pp.7-16). La Rioja, España: Pepitas de calabaza.
- Berdoulay, Vincent (2012). El sujeto, el lugar y la mediación del imaginario. En: Lindón, Alicia y Daniel Hiernaux. (Ed.) *Geografías de lo imaginario* (pp.49-65). Madrid: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa; Anthropos.
- Berruecos, Luis Alfonso (2012). Una aproximación interdisciplinaria a los conceptos de espacio y territorio. En: Reyes, María Eugenia y Álvaro López (Ed.). *Explorando territorios. Una visión desde las ciencias sociales* (pp.49-80). México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Cuadra, Fernando de la (2009). William Morris y los orígenes del socialismo ecológico. Apuntes sobre su novela utópica "Noticias de ninguna parte". *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 42. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3015398>.
- Cuadra, Fernando de la (2010). Utopía y ecosocialismo en William Morris. *Persona y Sociedad*, 24(3), 31-51.
- De Carlo, Giancarlo (1955). *William Morris*. Buenos Aires: Infinito.
- Fernández Buey, Francisco (2007). *Utopías e ilusiones naturales*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Figuroa, María Elena (2012). Representaciones sociales del futuro en el arte. *URBS, Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 2(2), 103-116.
- Figuroa, María Elena. y López Levi, Liliana (2014). Imaginarios y utopías: un punto de encuentro. *Política y Cultura*, 41, 169-190.
- Frye, Northrop (1982). The Meeting of Past and Future in William Morris. *SiR*, 21, 303-318.
- Giménez, Gilberto (1999). Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 5(9), 25-57.
- Gregory, Derek, Johnston, Ron, Pratt, Geraldine, Watts, Michael y Whatmore, Sarah (2009). *The Dictionary of Human Geography*. London: Wiley-Blackwell.
- Haesbaert, Rogério (2011). *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- Kumar, Krishan (2007). Pensar utópicamente: política y literatura. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 29, 65-80.



- Martínez Sahuquillo, Irene (1994). William Morris y la crítica a la sociedad industrial: Una síntesis singular de radicalismo romántico y marxismo”. *Reis*, 66, 171-180.
- Méndez, Eloy (2012). De anti-lugares o la difusión del narco arquitectura en Culiacán. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 2(2)
- Méndez, Eloy e Isabel Rodríguez (2015). Álamos, Sonora. Recreo para sus dioses. En: López Levi, Liliana, Valverde, María del Carmen y María Elena Figueroa (Ed.) *Pueblos Mágicos. Una visión interdisciplinaria. Vol. II* (pp.159-182). México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco; Universidad Nacional Autónoma de México.
- Morris, William (2011). *Noticias de ninguna parte*. Madrid: Capitán Swing.
- Morris, W (2013). *Cómo vivimos y cómo podríamos vivir. Trabajo útil o esfuerzo inútil. El arte bajo la plutocracia*. La Rioja, España: Pepitas de calabaza.
- Morris, William (2016). La sociedad del futuro. En *La Era del Sucedáneo y otros textos contra la civilización moderna* (pp.49-66). La Rioja, España: Pepitas de calabaza.
- Muñoz,-Pedreros, Andrés (2017). El paisaje visual: un recurso importante y pobremente conservado. *Ambiente & Sociedade*, 20(1), 167-186.
- Ramírez, Blanca y López Levi, Liliana (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar. La diversidad en el pensamiento contemporáneo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Schindel, Estela (2013). William Morris: la técnica, la belleza y la revolución (Estudio introductorio, pp. 7-42). En: Morris, W. *Cómo vivimos y cómo podríamos vivir. Trabajo útil o esfuerzo inútil. El arte bajo la plutocracia*. La Rioja, España: Pepitas de calabaza.
- Taylor, Angus (1997). “Inhaling All the Forces of Nature. William Morris’s Socialist Biophilia”. *The Trumpeter*, 14, 207-209.